

## Todo pasa

Indiscutiblemente, viajar puede ser la forma más rápida de alejarte de tus dificultades cotidianas o convertirse en la mayor aventura de tu vida. Así lo fue para mí en 2011, cuando subí al primer avión de mi vida y volé a Italia, sumergiéndome en sus aromas, sabores, arquitectura, cultura e idioma. Viajar puede ser una fuente interminable de aprendizaje social, cultural o religioso; incluso puede convertirse en la forma más rápida de salir de tu zona de confort y someterte a las incomodidades propias del destino escogido.

Pero migrar no es un viaje.

Aunque comparta algunas de sus características, lo que el “no migrante” desconoce es la carga emocional que acompaña una decisión tomada muchas veces desde la necesidad, la desesperación o el puro instinto de supervivencia, cuando tu entorno habitual se ha convertido en un yermo inhóspito.

Nada te prepara para no encontrar tu champú habitual y tener que lavarte el cabello con jabón de lavar ropa. Para recoger agua en un barreño a las seis de la mañana porque solo llega durante treinta minutos al día. Nada te prepara para salir de casa y descubrir que no hay transporte público porque no hay gasolina, ni siquiera un taxi que te lleve al trabajo.

Mucho menos imaginas la sensación de escuchar, al otro lado de un teléfono, los gritos de un familiar mientras tu abuelo agoniza y tú no puedes hacer nada: sin ambulancias, sin servicios de urgencias que acudan a su casa, con las calles bloqueadas por protestas o por la delincuencia. Escuchar su respiración dificultosa a través del teléfono, con el corazón lleno de impotencia, sabiendo que eres médico de urgencias y aun así no puedes ayudar.

Después de haber tenido una vida normal —con servicios básicos, alimentos, asistencia médica, educación y un entorno sociopolítico razonablemente estable en el país petrolero del que provengo—, un día te descubres viviendo en ese mismo yermo. Sin posibilidad de mejorar, sin capacidad de resolver. Observando cómo, uno a uno, a tu alrededor son robados, secuestrados o

detenidos, mientras crece la sensación de que podrías ser la siguiente estadísticamente posible.

Entonces decides.

El instinto de supervivencia se activa. El cortisol gobierna.

Yo tengo muchas etiquetas adheridas a la fachada: madre, soltera, médica, amiga, hija, hermana, valiente, inteligente, viajera, venezolana.

Ese conjunto de etiquetas, junto con la certeza de que debía existir una realidad mejor, me llevó paso a paso hasta el lugar donde estoy hoy. Me llevó a abandonar mi zona de confort y a asumir las consecuencias —buenas y no tan buenas— de esa decisión.

Entre las más dolorosas está la pérdida de los seres queridos.

Los vas perdiendo poco a poco y en la distancia. Comprendes que la última vez que los viste probablemente sea la última vez que los verás en tu vida. Y rezas para que el destino te conceda al menos una oportunidad más de abrazarlos con vida.

Migrar se convierte entonces en un duelo perpetuo.

Un duelo por todo lo que queda atrás: tu hogar, tu seguridad, tu techo, tus costumbres, tu hospital, tu red social, una vida entera, una familia, un país.

La sensación de pertenencia se diluye con el tiempo y tus lugares, tus recuerdos y tus sensaciones empiezan a vivir solo en tu memoria. A veces todo parece un sueño: el pasado, e incluso el presente.

Los migrantes aprendemos a refugiarnos en la esperanza. En el presente. En disfrutar lo que se puede y rezar por lo que no se puede cambiar.

Con el tiempo aprendí a repetirme una frase sencilla: todo pasa.

La digo con tristeza y con alivio, con melancolía y con esperanza, todo al mismo tiempo.

Ser personal de **salud** también te da herramientas para resistir. No solo garantiza una profesión necesaria, sino que te enseña a relativizar y priorizar lo verdaderamente importante. Son experiencias que no se aprenden en los **libros**: sostener la mano de alguien que sufre, consolar a un familiar en duelo, mirar a los ojos y hablar de la gravedad de un ser querido.

En ese sentido he sido indiscutiblemente afortunada.

Elegí el mejor país al que podía migrar, la mejor profesión que podía ejercer, y el **Hospital Universitario de Fuenlabrada** fue mi puerta de entrada al inmenso mundo de la sanidad pública española.

Ahora mi vida se pinta con otros colores: el color de la sonrisa de un abuelo que agradece mi atención, el color de la tranquilidad de saber que hice todo lo posible.

Poco a poco voy encontrando mi lugar en esta sociedad y en su sistema de salud. Ya no necesito demostrar constantemente quién soy ni lo que valen mis etiquetas.

Hablar el mismo idioma no siempre significa entendernos, pero con el tiempo aprendemos.

Hoy mis días vuelven a llenarse de calor y de una nueva sensación de pertenencia. Me siento útil otra vez.

Muchas de mis heridas han empezado a sanar.

Pero sé que algunas nunca terminarán de cerrarse.